

RATÓN DE BIBLIOTECA

Lisandro José Reholón González

Soy un ratón de biblioteca, sí, pero no en el sentido figurado de la expresión, no. Soy un roedor dentado genuino, como todos los demás de mi especie, y tengo orejas de ratón, cuerpo de ratón, cola de ratón... En fin, soy un ratón tetrápodo, urbano y mundano, y vivo en las bibliotecas de la Universidad de Córdoba, sí. De allí que en definitiva yo sea un ratón de biblioteca.

Por otra parte, soy, además, un come libros - o traga libros - como usted lo prefiera, solo que una vez más, no se trata de las típicas expresiones coloquiales referidas a los seres humanos que leen muchos libros, acumulan conocimientos o son muy sabios. Yo en realidad devoro con fruición centenares de páginas de libros anualmente, entre otras cosas. Es decir, me los como. Debemos recordar que nuestra condición de animales omnívoros es precisamente una de las cualidades que nos ha permitido evolucionar y sobrevivir en el planeta por más de veinte millones de años, lo que de paso significa que vimos aparecer a la especie humana sobre la tierra - ustedes son unos recién llegados, digámoslo así - y muy probablemente también los veremos extinguirse.

Pero volvamos a nuestro tema. Cuando uno vive en una biblioteca es obvio que la provisión más abundante de alimentos está en las estanterías, archivos, anaqueles y vitrinas, contenida toda esa potencial comida en un número grande de volúmenes de papel, cartón, pergaminos, manuscritos, mapas, lienzos, alfombras, tapices, telas, hilos, pegamentos y otros materiales similares, parecidos e inclusive diferentes que utilizamos con otros fines, como la madera y el plástico que usamos para manejar el estrés y mantener el tamaño de

nuestros dientes incisivos bajo control. En fin, las bibliotecas constituyen medios idóneos para nuestra supervivencia y allí no vale la cantidad o calidad de métodos de control de plagas que empleen. Ustedes saben de nuestra capacidad para el camuflaje, para fabricar escondrijos y, por si fuera poco, nuestros dones escapistas. Es solo cuestión de tiempo que nos adaptemos o aprendamos a evadirlos o inclusive a convivir con sus métodos y medios de exterminio por novedosos o ingeniosos que sean.

Ahora bien, tal como sucede con ustedes - hombres, mujeres y niños - nosotros los ratones de biblioteca tenemos nuestras preferencias y hemos desarrollado gustos y placeres a partir de la oferta gastronómica que tan gentilmente la raza humana ha puesto a nuestra disposición, aunque - debo decirlo - esa no haya sido su verdadera intención.

Por ejemplo, si hablamos de probar una exquisitez, debemos recurrir a los manjares de la Edad de Oro de las letras españolas. Sin embargo, es menester tener criterio porque no es igual comerse una obra de Lope de Vega, que nos desgarrar dejándonos una angustia existencial en nuestra alma de roedores y hasta en el mismísimo estómago, que saborear a Quevedo y morir de la risa mientras hacemos la digestión. Mientras que con Luis de Góngora - ¡Ah!, placer de placeres - recorreremos la campiña de nuestros orígenes, alborotamos y complacemos nuestros sentidos naturales hasta exacerbar nuestras sensibilidades más atávicas. Y de Calderón de la Barca - ay - nadie como él para proporcionarnos una cena liviana e irnos a dormir, soñar y despertar a una nueva realidad cada día.

Por otra parte, disfruto a Shakespeare mientras mastico sus tragedias. Su estructura hermosa e inteligente me abrumba, pero a uno le queda en la lengua cierto sabor a sangre y veneno. Y

mira que - lirismo aparte - el hombre es casi tan sangriento como el Drácula de Bram Stoker. Y de su fijación por los venenos y bebedizos, pues, se me hace muy digno de un estudio de Freud. Hasta me extraña que no haya escrito alabanzas a la cicuta, aunque sé que el espíritu de Sócrates y otros clásicos de la antigua Grecia se pasearon con frecuencia por sus tragedias y a veces con un bien velado disimulo le sirvieron de inspiración. Es conveniente, entonces, acompañar las letras del gran maestro inglés con el buen vino seco que guardan en sus escritorios los directores de las bibliotecas para limpiar nuestras papilas y continuar luego con nuestros menesteres: olisquear, roer, raer, curiosear... Por cierto, hay quienes esconden un poco de brandy y ocultos se echan un sorbito de vez en cuando - eso es cosa de cada quien - pero siempre sabemos encontrarlo. Somos maestros en el arte de buscar y encontrar.

Cuando amanece soy muy dado a platos optimistas que he bautizado como “Los Migueles”. Me refiero a los escritos de Miguel de Cervantes y Miguel de Unamuno. No hay como comenzar el día engullendo al Quijote para ver la vida de manera afirmativa, y si hemos de tener claridad de mente y espíritu, apenas unas líneas de *San Manuel, bueno y mártir* del gran escritor y filósofo bilbaíno, harán nuestro presuroso andar muy seguro y alegre, con claridad de propósito.

Como refrigerio de media mañana o para acompañar el té o el café de media tarde también son buenos los poemas de Gustavo Adolfo Bécquer y el *Romancero Gitano* de García Lorca, sin descartar, eso sí, a Miguel Hernández por lo breve y lo bueno. Roer, masticar y tragar con placer constituyen sin duda el buen comer.

Los fines de semana son de fiesta, eso sí. El pasado sábado disfrutamos en grande con unas partituras originales de *La Traviata* de Verdi, y no conforme con ello nos devoramos el último disco de vinilo grabado por Luciano Pavarotti contentivo del Bríndisi, el aria más famosa de esa ópera. Sin embargo, los gustos de mis congéneres tienden más hacia lo popular, siendo las sevillanas y el flamenco sus ritmos preferidos, porque también en el mundo de los ratones está presente la extraordinaria amalgama cultural andalusí y con ella vibramos.

Ahora bien, a veces de tanto comer suceden cosas terribles. No es conveniente comerse todo cuando se haya servido a la mesa; es cuestión de sentido común. Por lo menos una indigestión nos ganamos si exageramos.

El otro asunto es que con frecuencia nosotros los ratones de biblioteca cometemos errores que a la larga se pagan muy caros. Permítanme contarles.

Unas semanas atrás se me ocurrió visitar la Hemeroteca de la Biblioteca Central. El olor a tinta y papel fresco del día era toda una tentación y, no más cerraron las puertas y apagaron las luces, me abalancé sobre la cortina de diarios de todo el universo conocido. Los había de todos los gustos, idiomas y colores, en muchos formatos y de diferentes orígenes, pero con una cosa en común: nuevos, recién llegados, olorosos a celulosa.

Así las cosas, yo que siempre me había propuesto cuidar lo que comía, sobre todo en un medio donde la abundancia y la variedad no era problema, no pude contenerme y comencé una carrera frenética clavando mis dientes y muelas sobre toda clase de escritos sin percatarme de que se trataba de noticias terribles, de mensajes negativos y lenguaje desalentador, guerrerista y discriminatorio. Pero lo peor estaba por llegar: me tragué casi

completo, sin siquiera masticar, varios discursos políticos. Aquello fue atroz. Comencé por sentir calambres en el estómago, luego un aturdimiento perturbó mis sentidos, mi cuerpo todo empezó a convulsionar y finalmente colapsé. De no haber sido porque algunos amigos estaban cerca y escucharon el ruido que hice al desplomarse mi cuerpo, tal vez no estaría contándolo.

El diagnóstico de los médicos no fue otro que desorden alimentario. Fui víctima de una compulsión por comer de una manera desmedida y tal vez el olor a celulosa fresca alteró la química de mi cerebro, todavía no lo sabemos con precisión, aunque se sabe que la calidad del alimento influyó en mi grave condición.

Lo cierto es que, como todo en la vida, también en los escritos hay materia dañina. Nada está exento de elementos buenos y malos, y ninguno de nosotros es inmune a sus consecuencias. Aun en las bibliotecas, con todo lo útil y positivo que significa disponer de un recinto en el cual se documenta el conocimiento en todas sus manifestaciones, no todo lo que se lee resulta siempre de provecho. Es menester, una vez más, tener criterio y consultar a quienes tienen más experiencia y pueden proporcionarnos una guía adecuada.

En mi caso, después de haber llevado una existencia plena consumiendo narrativa, poesía, tragedias y comedias de los más aclamados e ingeniosos hombres de las letras y las artes, estuve a punto de sucumbir a la mediocridad y a la frivolidad del alimento fácil e inmediato, el equivalente de la comida rápida intelectual de nuestros días, la que se lee en los medios impresos a todo color de hoy, también presentes en Internet y en las llamadas “redes sociales”, a través de los cuales nos venden un supuesto conocimiento, de muy dudosa calidad, como mercancía.

Ahora entiendo aquel refrán de mi abuelo: “Atentos ratones, buscad adentro, que no todo lo blanco es harina”. Este es el consejo de un modesto ratón de biblioteca. Nada más.